



Alegoría del Arcipreste,
de Federico Borghini.

¿DON JUAN TIENE RAZÓN?

Por MIGNON DÓMINGUEZ

Profesora en Letras

SI NO HAY en el universo y detrás de él, una armonía de poder, de saber y de amor, donde el poder se mantiene sin menguas porque sabe hacerlo y porque todos sus elementos se unen en el amor; si el poder de Don Juan no es un préstamo del que deba dar cuenta y sólo un capricho de la naturaleza ciega, nadie tendrá derecho a censurar a su amo porque lo malgaste como quiera. "Es deber elemental conservar la energía; deber superior emplearla para fortalecer entre los hombres el saber y el amor".

Con estas palabras cierra Ramiro de Maeztu su profundo estudio acerca de Don Juan o el Poder que integra una trilogía de ensayos con Don Quijote o el Amor y La Celestina o el Saber.

Zumo del espíritu español se bebe en esas páginas escritas con amor y sinceridad. El claro intelectual nos lleva de la mano a través de fragosos senderos y difíciles recovecos espirituales. Advirtamos su retórica delicada: el condicional de los verbos es significativo: "...Si no hay en el universo armonía... y si el poder de Don Juan no es un préstamo... *Don Juan tiene razón*".

¿Ha tenido siempre razón Don Juan? ¿O su razón no habrá sido por ventura la razón de la sinrazón? ¿Quién es Don Juan? ¿De dónde le viene su poder, su fama, su inagotable vitalidad?

—"No creo que las proezas de Don Juan sean características de la nación española. Las fuentes del Burlador hay que buscarlas en la fertilísima Italia del Renacimiento, "afirma el hispanista Arturo Farinelli(1), cuya montaña de dudas acerca del origen del personaje literario ha sido derribada por Víctor Said Armesto con sus argumentos y pruebas en "La leyenda de Don Juan" y por Ramón Menéndez Pidal con su estudio sobre "Los orígenes de "El Convidado de Piedra".

Don Juan es español por sus treinta y dos costados, como diría Unamuno. Es una ficción española, imaginaria creación de un pueblo que asiste a una crisis de valores.

Todo tipo que origina una gran obra literaria tiene hondas raíces en la tradición de su pueblo. Sin la tradición ese tipo es un árbol sin raíz. No podía eximirse Don Juan de esta ley. El personaje, libertino, burlador de mujeres, apuesto mozo, corría en boca de los cantores en los romances populares:

Don Juanes los hubo siempre no sólo en España sino en toda la literatura europea. El mérito de Dn. Juan en el siglo XVII con la obra de Tirso "El Burlador de Sevilla" —ya se ha dicho— es el de reunir en un tema dos motivos de indudable contenido humano: la vida procaz del libertino y la seguridad de un más allá.

El final dramático de la leyenda de Don Juan se relaciona íntimamente con el folklore pero tiene una trascendencia religiosa: 1º No debe burlarse a la muerte; 2º existe una vida supra terrena. Con respecto a estas verdades hay antecedentes: Un drama representado en los escenarios de los colegios de jesuitas alemanes en 1615, quince años antes de que saliera a luz "El Burlador..."

Menéndez Pidal agrega a los numerosos cuentos que incluyen el tema del convite a un difunto, procedentes de Dinamarca, Alemania, Francia o Portugal, los españoles hallados en Galicia y Castilla y los de Gascuña y Portugal.

"A misa diba un galán
caminito de la iglesia
no diba por ir a misa
ni pa estar atento a ella
que diba por ver las damas
las que van guapas y frescas"
En el medio del camino
encontró una calavera;
mirárala muy mirada,
y un gran puntapié le diera:
arregañaba los dientes
como si ella se riera:
—"Calavera, yo te brindo
"esta noche a la mi fiesta".
—"No hagas burla, caballero;"
"mi palabra doy por prenda".

De que la noche llegó
mandó disponer la cena.
Aun no comiera un bocado
cuando pican a la puerta;
manda un paje de los suyos
que saliese a ver quién era
—"Dile criado a tu amo
que si del dicho se acuerda".
—"Dile que sí mi criado
"que entre pa'cá norabuena".

Pusiérale silla de oro
su cuerpo sentara en ella;
pone de muchas comidas
y de ninguna comiera.
—"No vengo por verte a ti
"ni por comer de tu cena;
"vengo a que vayas conmigo
"a medianoche a la iglesia".
A las doce de la noche
cantan los gallos afuera
a las doce de la noche
van camino de la iglesia.
En la iglesia hay en el medio
una sepultura abierta.
—"Entra, entra, el caballero,
"entra sin recelo 'n ella;
"dormirás aquí conmigo
"comerás de la mi cena".
—"Yo aquí no me meteré
"no me ha dado Dios licencia".
—"Si no fuera porque hay Dios
y el nombre de Dios apelas
y por ese relicario
que sobre tu pecho cuelga
aquí habías de entrar vivo
quisieras o no quisieras".(2).

Los cuentos, los romances y el drama de Leoncio representa-

dos por los jesuitas alemanes difieren de "El Burlador" en un rasgo: el convite se hace a una calavera y no a una estatua sepulcral.

El recurso teatral del convite a una estatua fué utilizado por Lope en la comedia "Dineros son calidad". Bolte supone que de allí lo tomó Tirso pero, en verdad, el tema estaba ya en la tradición popular española.

Tirso de Molina, en quien no podemos olvidar al sabio y humilde fraile mercedario Fr. Gabriel Téllez, lleva por vez primera al teatro la conjunción de los dos temas dispersos en el folklore peninsular. Su Don Juan ha de tener resonancia universal e ilustres herederos. Es el punto de partida de una corriente literaria que continúa hasta hoy, si bien con notables diferencias pero siempre saturada de hondo dramatismo saldo de toda invención literaria que rezuma humanidad.

No obstante, los enemigos de esta figura han asegurado que Don Juan no es humano. Aquí toma la palabra Don Ramiro de Maeztu y dice: —"¿No consistirá precisamente su grandeza en que no es humano sino en la medida en que lo son los mitos?"

Pero los mitos tienen algo de humanidad aunque los engendre la fantasía y surjan de la leyenda, sobre todo si esa fantasía y esa leyenda son hispanas.

El tipo es español y ha recorrido todos los caminos y ha cruzado todas las fronteras, bebió soles y bebió nieves porque su españolismo no le ha impedido ser universal.

Porque no es su españolismo sino su humanismo lo que lo ha hecho trascendente.

Abunda el tema en cuentos, leyendas y dramas. ¿No hay una serie ininterrumpida de don Juanes con Molière, Corneille y Rostand en Francia, Byron en Inglaterra, Puskin en Rusia? ¿No hay un Don Juan en el "Gosta Berling" de la leyenda de Selma Lagerlöf, la incomparable cuentista sueca?

¿No hay Don Juanes en el Norte y Don Juanes en el Sud?

En la misma España, "El estudiante de Salamanca" de Espronceda, el "Don Juan" de Zorrilla y "El Marqués de Bradomín" de Ramón del Valle Inclán, ¿no continúan con rasgos donjuanescos la genealogía literaria.

EL ENAMORADO Y EL BURLADOR.—

No hay duda de que el Don Juan español es español. Don Juan,

es verdad, ha tenido reencarnaciones en la literatura europea. Afirmar que el Don Juan de las leyendas nórdicas es el mismo de la tradición española, supone aceptar la universalidad del personaje que nace con el cuento y el cuento no reconoce fronteras desde que el mundo es mundo.

Lo lógico en esta disputa donjuanesca es señalar la diferencia en el Dn. Juan del Norte y el Don Juan del Sud o sea el español. Allí sí entra el espíritu de los pueblos, su idiosincrasia, su tradición, su ideal. Al referirnos al D. Juan del Norte no es al tipo literario porque autores europeos han calcado el personaje español despojándolo de su verdadera riqueza, sino al Dn. Juan en el concepto nórdico que puede o no cabe en la obra literaria. Desde este punto de vista, Dn. Juan es un hombre cargado de amor que vaga por el mundo buscando a la mujer ideal y cuya riqueza afectiva no halla en quien desbordarse pues las mujeres que encuentra son indignas de ese amor.

De allí que el D. Juan creado por la Europa Central y nórdica sea una figura descabelladamente romántica y románticamente descabellada ya que busca una mujer irreal para que lo adore, lo sirva, lo acaricie; una mujer que en cuanto lo vea ha de caer desmayada a sus pies; una mujer completa en su concepto egoísta del amor que cree que lo puede recibir todo sin dar nada.

Don Juan, ese espectro o ese mito creado por los españoles no tiene en cambio, ni corazón ni cabeza. No ama, ni piensa. Digan lo que quieran. El Don Juan español ni siquiera busca la felicidad. Va detrás del placer. Es puro impulso, y además un sensual y un soberbio. Y es por esto último que tiene fuerza en el espíritu del pueblo que lo ha creado. Porque es un hombre que puede vivir sin ideal.

El Don Juan del Norte es en suma un enamorado; el del Sud, un burlador.

CRISIS DE VALORES.—

He allí el nudo histórico del asunto: Frente a la Europa central y nórdica que ama en Don Juan un ideal inasible e irrealizable, un ideal equivocado; se alza España que en su Don Juan proclama la realidad de poder vivir sin un ideal, Don Juan, católico, vive como un ateo; Don Juan burlador, huye de las mujeres que engaña porque ni él se ha enamorado ni cree en el amor. El personaje, la ver-

dad, resulta en sí poco consistente. Cuando burla a sus mujeres, ya se trate de la rica señora o de la humilde pescadora, emplea siempre argumenos policiales, vulgares cuentos del tío. Y sin embargo el Don Juan de Tirso tiene una fuerza y una seguridad que maravillan. Es la fuerza del Quijote, de Fausto, y de Hamlet.

España en Don Juan señala su crisis de valores. ¿Es posible que un pueblo pueda vivir sin ideal? Allí está Don Juan para responder. Pero viene Zorrilla en el siglo 19, quien pese a su castigada literatura y a su melena lacia y cribada capa de pobre alza en su obra nueva arquitectura. Don Juan ha podido vivir sin creer hasta que le sale al paso el amor. El amor puro, verdadero sin mácula; amor sin oropeles y auténtico porque renuncia a sí mismo por el bien de la criatura amada; heroico porque llega a defender al matador de su padre y pedir a la justicia que no lo prenda. Si Zorrilla escribió una obra romántica no la compuso desafortunadamente romántica porque el hombre se presenta allí en toda su humanidad soberbia, insolente, impulsiva. El y sus sentidos. El instinto, río que no retrocede. La soberbia como arena que arrastra la corriente y forma playa. Concupiscencia de la naturaleza. Por eso no ama, no sueña, no piensa... hasta que el amor lo redime. Y entonces Don Juan jerarquiza: Dios, el Rey, Inés o sea El Creador, la Patria, la esposa que es hogar y familia.

— Se trata ahora de responder al interrogante: ¿Don Juan tiene razón?

Don Juan tendría razón si este mundo fuera obra del acaso. Rota la dependencia entre el Creador y las criaturas, Don Juan es el hombre sin pasado y sin futuro; es el hombre del placer. No se trata, veámoslo bien, de un degenerado. La prueba está en que se burla de mujeres poco formadas en una moral; de mujeres que se dejan engañar. Es un "atleta del amor" según la feliz expresión de Salvador de Madariaga; va saltando por los cadáveres psicológicos de sus víctimas femeninas sin amarlos. No se le ha ocurrido nunca que una mujer pueda colmar su felicidad. Huye de ellas como de un peligro del que se salva el que más pronto escapa. Jamás podrá una mujer dominarlo.

He allí el problema de Don Juan que quizás no haya sido debidamente señalado. El único problema a mi entender, según el cual los demás se explican o son como concéntricos a éste. Don Juan tiene el orgullo de la mujer. No quiere enamorarse. Quien no se

evade de un lance caballeresco por la conquista de una dama teme el ser conquistado por ella. Sé que con esta afirmación contradigo respetuosas opiniones de autorizados críticos que ven en Don Juan a un afeminado. No hay tal en el D. Juan verdadero. Le sobra hombría. Pero su orgullo rechaza a la mujer. Busca en ella el goce momentáneo y luego la abandona.

Por eso Ramiro de Maeztu señaló en su estudio citado, como drama de Don Juan, el drama de su enamoramiento. (Recordemos que el de Tirso no llega a enamorarse).

"...La humildad de D^a Inés le ha desarmado. Ante el amor ingenuo de la niña ha sentido la superfluidad del orgullo(3)".

DON JUAN Y LA HUMANIDAD DE NUESTROS TIEMPOS.—

"YO Y MIS SENTIDOS". Con esta leyenda puede identificarse al hombre que tanto tema ha brindado a la literatura de una época y cuya actualidad en nuestros tiempos es peligroso síntoma.

¿Es un epicureísta que busca la comodidad y el goce? No, Don Juan sabe pelear también; lo malo es que lucha por ideales inobles. Su vida es en cierto modo una milicia del placer. Por eso el tipo donjuanesco se parece tanto a la humanidad de nuestros tiempos: Cree pero vive como si no creyera. Habla del amor, y su palabra es como campanada de palo, sin eco. No sabe pensar y por ello no sabe vivir.

Todavía hay mucha gente que en los recovecos de su alma mientras con el labio niega, le está dando razón a Don Juan. Es la incertidumbre de Dios lo que hace germinar estas dudas. Si Dios no existe... todo nuestro sacrificio, nuestro sufrimiento y renunciaciones quedan en la nada.

Y el mundo que tiene espíritu farisaico, puesto a desmenuzar los valores, duda hoy del poder, del saber y del amor. No sabe positivamente si tendrá que dar cuenta de ellos; "si tras de la muerte hay vida" como dice la copla. Y tal como Don Juan se ama egoístamente; no piensa, no lucha por altos ideales. Como él repite la tentación del pecado original "sicut deus". Quiere ser como Dios.

M. D.

(1) Arturo Farinelli - "Don Giovanni".

(2) Este romance está relacionado con un cuento hispano gascón. Juan Menéndez Pidal recogió una versión en Curueña, provincia de León. Fué publicado por primera vez en la Antología de líricos de Menéndez y Pelayo X - 1900.

(3) Ramiro de Maeztu - "Don Quijote, Don Juan y La Celestina".